



Seix Barral

Raymond Queneau

Flores azules

Prólogo de Fernando Aramburu





Seix Barral Biblioteca Formentor

Raymond Queneau

Flores azules

Prólogo de Fernando Aramburu

Traducción del francés por
Manuel Serrat Crespo

Título original: *Les fleurs bleues*

© Éditions Gallimard, 1965

© por la traducción, Manuel Serrat Crespo, 1991

© por el prólogo, Fernando Aramburu, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2007, 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en esta presentación: enero de 2023

ISBN: 978-84-322-4156-7

Depósito legal: B. 22.277-2022

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

El veinticinco de septiembre de 1264, al alba, el duque d'Auge se plantó en lo alto del torreón de su castillo para contemplar, por poco que fuera, la situación histórica. Era más bien difusa. Restos del pasado estaban esparcidos todavía por allá. A orillas del vecino arroyuelo acampaban dos hunos; no lejos de ellos, un galo, Eduen tal vez, zambullía audazmente sus pies en el agua corriente y fresca. En el horizonte se dibujaban las blandas siluetas de romanos fatigados, de pachás de Corinto, de francos antiguos, de alanos solos. Algunos normandos bebían calvados.

El duque d'Auge suspiró, pero no por ello dejó de examinar atentamente tan gastados fenómenos.

Los hunos preparaban steaks tártaros, el galo se fumaba un celta, los romanos dibujaban grecas, los pachás segaban avena, los francos buscaban sueldos y los alanos miraban a cinco osetos. Los normandos bebían calvados.

—Tanta historia —dijo el duque d'Auge al duque d'Auge—, tanta historia por algunos retruécanos, por algunos anacronismos. Me parece miserable. ¿No vamos a librarnos nunca?

Fascinado, durante algunas horas no dejó de vigilar aquellos desechos que se negaban a la fragmentación; luego, sin aparente causa exterior, dejó su puesto de observación y se dirigió a los pisos inferiores del castillo, entregándose, de paso, a sus ganas de sacudir.

No sacudió a su mujer porque había muerto, pero sacudió a sus hijas, que eran tres; sacudió a los criados, a las criadas y las alfombras; sacudióse un lingotazo, las moscas, el cabello y, a fin de cuentas, le sacudió un escalofrío y se la sacudió. Inmediatamente después, decidió realizar un corto viaje y dirigirse a la villa capital, ligero de equipaje, acompañado sólo por su paje Muscaillot.

Eligió, entre sus palafrenes, a su percherón favorito, llamado Demóstenes porque hablaba incluso con el bocado entre los dientes.

—¡Ah, mi buen Demo! —exclamó el duque d’Auge con voz plañidera—. Me siento muy triste y melancólico.

—¿La historia, como siempre? —preguntó Stenes.

—Me estropea cualquier divertimento —respondió el duque.

—¡Valor, monseñor! ¡Valor! Ensillad de una vez y vayamos a pasear.

—Ésa era mi intención, y más todavía.

—¿Qué?

—Partir durante algunos días.

—Eso me alegra mucho. ¿Adónde, monseñor, queréis que os lleve?

—¡Lejos, lejos! Aquí, el lodo está hecho con nuestras flores...

—... azules, ya lo sé. Pero ¿adónde?

—Elige.

El duque d’Auge subió a lomos de Stenes, que hizo la siguiente proposición:

—¿Qué diríais de ir a ver cómo están las obras de Notre-Dame?

—Pero ¡cómo! —exclamó el duque—, ¿todavía no han terminado?

—Eso es lo que vamos a ver.

—Si tardan tanto, terminarán siendo una mahomería.

—¿Y por qué no un budel, o un confucionario, o un san-lao-tsuario? ¡No se haga mala sangre, monseñor! ¡En marcha! Y, aprovechando el viaje, presentaremos nuestro feudal homenaje al santo rey Luis, noveno de su nombre.

Sin aguardar respuesta de su dueño, Stenes se lanzó al trote hacia el puente levadizo, que descendió funcionalmente. Muscaillot, que no decía palabra por miedo a recibir un guanteletazo en las encías, le seguía, montando a Esteban, así llamado porque hablaba poco. Puesto que el duque rumiaba su amargura y Muscaillot, de acuerdo con su prudente política, perseverara en su silencio, sólo Stenes seguía charlando alegremente y lanzaba festivas ganuescas a quienes le miraban pasar: los celtas con aspecto galicano, los romanos con aspecto cesáreo, los pachás con aspecto agrícola, los hunos con aspecto único, los alanos con aspecto narvio y los francos con aspecto socarrón. Los normandos bebían calvados.

Inclinándose mucho para saludar a su bienamado soberano, los villanos mascullaban temibles amenazas que sabían ineficaces, de modo que no superaban los límites de sus bigotes, si es que los llevaban.

En el camino real, Stenes trotaba de prisa, pero terminó por callarse al no hallar ya interlocutor, pues la circulación era nula; no quería molestar a su jinete, que dormitaba; como Teban y Muscaillot compartían tal reserva, el duque d'Auge acabó durmiéndose.

Vivía en una barcaza constantemente amarrada junto a una gran ciudad y se llamaba Cidrolin. Para comer le servían langosta no muy fresca con una glauca mahonesa. Mientras descortezaba las patas de la bestia con un cascanueces, Cidrolin dijo a Cidrolin:

—No es gran cosa, no es gran cosa; Lamelia nunca sabrá cocinar.

Y añadió, dirigiéndose a sí mismo:

—Pero ¿adónde iba yo montado a caballo? Ya no lo recuerdo. Además, los sueños son así; nunca en mi vida he montado a caballo. Tampoco he montado nunca en bicicleta, ni sueño nunca que monto en bicicleta; sin embargo, sueño que monto a caballo. Sin duda debe de haber una explicación. Decididamente esta langosta no es gran cosa, y esta mahonesa menos todavía. ¿Y si aprendiera a montar a caballo? En el Bois, por ejemplo. ¿O aprendo a montar en bicicleta?

—Así no necesitarás permiso de conducir —observaron.

—Dejémoslo, dejémoslo.

Sirven luego el queso.

Pura escayola.

Una fruta.

Tenía gusanos.

Cidrolin se limpia los morros y murmura:

—Una jodienda más.

—Eso no te impedirá hacer la siesta —le dicen.

No responde; su tumbona le aguarda en cubierta. Se cubre el rostro con un pañuelo y hele aquí a la vista de las murallas de la villa capital, sin preocuparse por el número de etapas.

—¡Estupendo! —exclamó Stenes—. Ya estamos.

El duque d'Auge despertó con la impresión de ha-

ber comido mal. Entonces, Teban, que no había dicho nada desde la salida, sintió necesidad de tomar la palabra en estos términos:

—Alma e ínclita villa...

—¡Silencio! —interrumpió Stenes—. Si nos oyeran hablar, nuestro buen dueño sería acusado de brujería.

—Brrr —hizo el duque.

Y su paje ídem.

—Brrr —hizo Muscaillot.

Y para indicar cómo convenía que un caballo se expresara, Stenes relinchó. El duque d'Auge se alojó en la Sirena Torcida, que le había recomendado cierto día un trovero de paso.

—¿Nombre, apellido y calidad? —preguntó Martín, el mesonero.

—Duque d'Auge —respondió el duque d'Auge—. Me llamo Joaquín, y me acompaña mi fiel paje Muscaillot, hijo del vizconde d'Empoigne. Mi caballo se llama Stenes, y el otro Teban.

—¿Domicilio?

—Larche, junto al puente.

—Eso me parece muy católico —dijo Martín.

—Así lo espero —dijo el duque—, pues comienzas a embrocarme con tus malignas preguntas.

—Perdonadme, monseñor, es orden del rey.

—¿Y no me preguntarás qué vengo a hacer a la villa capital?

—¡No es necesario! Monseñor viene a ver a nuestras putas, que son las más hermosas de toda la cristiandad. Nuestro santo rey las odia mucho, pero ellas participan ardientemente en la financiación de la próxima cruzada.

—Harto te cueles, mesonero. Vengo a ver cómo están las obras de la iglesia de Notre-Dame.

—La torre sur está muy adelantada, y ahora comenzarán la del norte y la galería que las une. Están rehaciendo también las partes altas para darle más luz.

—¡Basta! —aulló el duque—. Si me lo cuentas todo, ya sólo me quedará regresar a casa, y no lo deseo en absoluto.

—Ni yo tampoco, de modo que os traeré la cena incontinente.

El duque comió copiosamente, luego fue a acostarse y durmió de buena gana.

No había concluido todavía su siesta, cuando dos nómadas le despertaron interpelándole desde la ribera. Cidrolin les respondió por señas, pero sin duda los otros no entendían aquel lenguaje, pues bajaron por el talud hasta la tabla pasarela y subieron a la barcaza. Había un acampador macho y una acampadora hembra.

—Exquiuses —dijo el acampador macho—, ma wie sind lost.

—Buen comienzo —replica Cidrolin.

—¿Capito? Perridos... Lostes...

—Triste suerte.

—¿Camping? ¿Lontano? Ess... cansadus...

—Se explica bien —murmuró Cidrolin—, pero ¿habla en europeo vernáculo o en neobabélico?

—¡Ah, ah! —exclamó el otro con manifiestos signos de viva satisfacción—. ¿Usted espoquea iuropeo?

—Un petit peu —respondió Cidrolin—. Pero, dejad ahí vuestra impedimenta, nobles extranjeros, y tomad un glass antes de partir.

—¡Ah, ah! Capito..., glass.

Radiante, el noble extranjero dejó pues su impedimenta y, luego, desdeñando los muebles destinados a tal uso, se acuclilló en el entablado cruzando ágilmen-

te las piernas. La damisela que le acompañaba hizo lo mismo.

—¿Serán japoneses? —se preguntó Cidrolin a media voz—. Sin embargo, tienen el pelo rubio. Tal vez sean ainos.

Y, dirigiéndose al muchacho, preguntó:

—¿Es usted aino?

—I? No. Yo amigo de todo el mundo.

—Ya veo. ¿Pacifista?

—Yawohl! ¿Y ese glass?

—No se desorienta el europeo.

Cidrolin palmeó gritando:

—¡Lamelia, Lamelia!

Apareció.

—Lamelia, bebida para los nobles extranjeros.

—¿Qué?

—Esencia de hinojo, por ejemplo, con agua.

Se eclipsó.

Cidrolin se inclinó hacia los nómadas.

—Bueno, pajaritos, ¿de modo que perridos?

—Extraviados —dijo la muchacha—. Completamente extraviados.

—¿Es usted francesa, miga mía?

—Todavía no, canadiense.

—¿Y ese glass? —preguntó el agachado—. ¡Brindemos schnell!

—Es un poco puñetero —dijo Cidrolin.

—¡Oh! No es un mal tipo.

—Y, naturalmente, los dos van al campo de acampada para los acampadores.

—Lo buscamos.

—Casi han llegado. Está a la orilla del río, a menos de quinientos metros aguas arriba.

—Wie sind arribati? —preguntó el muchacho poniéndose en pie de un salto—. Sri hundred yards? Andiamo!

Se echó la impedimenta a la espalda. Una impedimenta que debía de pesar una tonelada.

—Esperamos la esencia de hinojo —dijo la muchacha sin moverse.

—Uell, uell.

Soltó de nuevo su tonelada empaquetada y se sentó con la misma naturalidad que si la cubierta hubiera sido un loto.

Cidrolin sonrió a la muchacha y le dijo en tono cumplimentador:

—Está adiestrado.

—¿Adiestrado? No comprendemos.

—Bueno, obedece a la menor señal.

Ella se encogió de hombros.

—Tiene usted holgazanas las meninges —dijo—. Se queda porque es libre, no porque esté adiestrado. Si estuviera adiestrado, se iría en seguida al campo de acampada para los acampadores. Se queda porque es libre.

—Parece que esa cabecita está llena de ideas —murmuró Cidrolin mirando más atentamente a la canadiense y, en especial, la rubia pelusilla de sus muslos y la suela de sus zapatos—. Sí, de ideas...

Sirvieron la esencia de hinojo y el agua. Bebieron.

—¿Y cómo nomadean? —preguntó Cidrolin—. ¿A pie, a caballo, en coche, en helicóptero, en bici, en auto?

—En stop —respondió la moza.

—¿En auto-stop?

—Claro, en auto-stop.

—Yo, a veces, viajo en auto-taxi. Es menos económico.

—Nos importa un pimiento el dinero.
—De acuerdo. ¿Y mi esencia de hinojo?
—No está mal. Yo preferimos el agua pura.
—Aquí nunca es pura. El río es una cloaca, y el gri-
fo puro cloro.

—¿No quiere que le cante algo?

—¿Para qué?

—Para darle las gracias.

—¿Por la esencia de hinojo?

—Por el recibimiento.

—Muy amable. Gracias.

La moza se volvió hacia el muchacho y le dijo:

—Canta.

Registró su equipaje y sacó un banjo minúsculo, cuyas cuerdas comenzó a rasgar en seguida. Tras unos acordes preliminares, abrió la boca, y se oyeron estas palabras:

—Me gusta Paimpol y su acantilado, su campanario y su viejo perdón...

—¿Dónde aprendió eso? —preguntó Cidrolin cuando hubo terminado y tras dar las gracias al virtuoso.

—En Paimpol, claro —respondió la canadiense.

—¡Qué tonto soy! —dijo Cidrolin, golpeándose la frente—. No había caído.

El minibanjo regresó al rucksack. El muchacho recuperó la posición erguida y tendió la mano a Cidrolin.

—Sanx —le dijo—, y a rivederchi.

Y a la muchacha:

—Schnell! Noslargamos oder nonoslargamos?

La muchacha se levanta con gracia y se enjaeza ipso facto.

—Está adiestrado —dijo Cidrolin a media voz.

El nómada protestó.

—Nein! Nein! No trenzado, libre. Sie ize libre. Allons to the campus bicosse sie ize libre d'andare to the campus.

—Lo sé, lo sé.

—Adiós —dijo la moza, tendiendo la mano a Cidrolin—, y gracias de nuevo. Tal vez volvamos a visitarle si tenemos tiempo.

—Eso es, eso es —dijo Cidrolin.

Les vio trepar por el talud con todo su equipaje.

—Es un oficio de fortachones.

—¿Van a volver? —preguntó Lamelia.

—No lo creo. No. Nunca volverán. ¿Qué haría con ellos? Acaban de marcharse y apenas si les recuerdo ya. Y, sin embargo, existen, sin duda merecen existir. Nunca regresarán para extraviarse en el laberinto de mi memoria. Ha sido un incidente sin importancia. Hay sueños que se desarrollan como incidentes sin importancia. Cosas como ésta no se recordarían en la vida despierta, y, sin embargo, interesan cuando las encontramos por la mañana, empujando desordenadamente contra la puerta de los párpados. ¿Habré soñado?

Lamelia no tenía por qué decirle sí o no.

Además, no había esperado a que finalizara el curso.

Cidrolin miró el reloj en la camareta y advirtió, no sin satisfacción, que el episodio de los nómadas había sido sólo un breve intermedio en el tiempo que concedía a su siesta, y que podía continuarla decentemente durante unos quince minutos. Se tendió, pues, en su tumbona y consiguió dormirse de nuevo.